

ras adecuaciones entre causas y efectos, fuerzas y resultantes, que en el Universo admiramos, no ha de quebrarse en la Psicología; no ha de faltar al constituir en ciencia el conocimiento del alma; no ha de perecer precisamente al tratarse del estudio del hombre, compendio de las maravillas del Universo, misterio y pasmo de armonías, indescifrables ó no, pero de viviente y bien experimentada realidad, entre el espíritu y la materia; entre el cuerpo y el alma; entre el organismo y la vida.

Esa misma ley que preside á la distinción de los seres y á la distinción de las ciencias, diferenciándolas según las *necesidades reales* de los objetos, con los cuales armoniza los métodos respectivos y los correspondientes principios de su demostración, será bastante para que todo espíritu imparcial reconozca la constitución científica que á la Psicología corresponde; y cómo las influencias de las verdades metafísicas, cuya trascendencia es inevitable por ley del ser y del conocimiento, ni impide la *observación directa* de los hechos, ni excluye la *experimentación* de los fenómenos humanos, ni elimina los procedimientos de inducción. Antes por el contrario, reconociendo todo el carácter complejo de los fenómenos vitales en general, y singularmente de la vida humana, si exige á la razón que compruebe sus afirmaciones por la experiencia, en el orden concreto de las realidades contingentes, exige á la experiencia que modere sus inducciones por los

principios absolutos de la razón: como la ley y causa no dañan al hecho, ni la realidad de éste destruye aquéllas, de igual modo concuerdan la verdad absoluta de los principios ontológicos y la realidad psicológica, identificándose sin confundirse, y distinguiéndose sin separarse en la obra de la ciencia.

En medio, pues, de las relaciones que el conocimiento científico de la Psicología tiene con la Metafísica, sus diferencias son tan reales como sus respectivos objetos, y como el método que la naturaleza de éste reclama para su estudio.

Si la Metafísica, propiamente dicha, procede por legítima y rigurosa deducción de la idea evidente, cuyos mismos términos forman su objeto y el principio trascendental de toda certeza; si el orden absoluto de las verdades ontológicas, por su necesidad y universalidad trasciende al orden sensible, la Psicología no se constituye de igual modo. El alma humana, realidad, principio, fuerza natural, en el orden de los seres contingentes, manifiesta su naturaleza en este mismo orden con la sucesión que el desenvolvimiento de todo ser finito necesita. Invisible en sí misma, oculta su esencia, revelándose su actividad por sus hechos, su naturaleza por su actividad; la observación, el análisis, los procedimientos de la experiencia psicológica, y los auxilios de la experiencia fisiológica; se imponen á la razón, si quiere llegar con paso, aunque lento, seguro, de verdadera base positiva, á descubrir algo de la

misteriosa realidad que informa la vida entera del hombre, y que constituye con el cuerpo la naturaleza compuesta de la persona humana.

Confesémoslo, pues, con escrupulosa conciencia: al hablar de las relaciones y diferencias entre la Metafísica y la Psicología, ni se trata de imponer á los *fenómenos psicológicos interpretaciones* que convengan á proposiciones metafísicamente formuladas, ni de servir á *ciertos fines* que el Positivismo atribuye á los que llama desdeñosamente «psicólogos de oficio»; ni de violentar hechos reales obscureciéndolos con..... *ideas ontológicas*, ni de cercenar sus justos derechos al método y á la ciencia experimentales; se trata sólo de respetar cumplidamente los preceptos de la Ciencia misma, señalando á cada una su objeto propio, y desenvolviéndola según el principio y método que ella misma exige, con desinteresado amor á la Verdad, única garantía perfecta de la libertad propiamente científica.

Metafísica de la Psicología. Que las doctrinas y juicios que defendemos se apoyan sobre principios, y encierran conclusiones que se hallan en notoria oposición con el pensamiento generador y fines prácticos de la *Filosofía Positivista*, lo declararán cuantos conozcan los términos en que se halla planteado actualmente el *problema psicológico*; que en esta crisis gravísima de la ciencia contemporánea no se disputa por vanas cuestiones de escuela, sino que el litigio entra-

ña nada menos que el concepto científico de la naturaleza del hombre, asunto de las más trascendentales consecuencias en el orden filosófico, en el orden social, en el orden jurídico, en la vida entera de una civilización, lo confiesan cuantos, teniendo el valor de sus ideas, saben el significado verdadero y las fatales aplicaciones del neopsicologismo; finalmente, el supremo interés de las cuestiones psicológicas, la intensa agitación producida por sus discusiones y crítica, así en el campo de la filosofía abstracta como en el de las ciencias biológicas y de las físico-químicas, como las universales relaciones de todos los problemas, en último término, con el fundamental de la Psicología, no extrañarán á quienes sepan distinguir, no obstante el acaloramiento de las disputas, la compleja naturaleza del hombre y el lugar eminentísimo que en el Universo ocupa.

Razones todas que nos encartan en el presente estudio y litigio, por los inviolables derechos que la *Verdad* tiene, por el interés científico de las propias convicciones, por las reglas de vida y principios de Derecho que de la Psicología dimanar; pues aunque estas páginas no forman un tratado crítico, á la exposición didáctica de las verdades fundamentales de la Psicología no daña, antes las ilustra, y es hoy necesario, cierto examen de las hipótesis y negaciones del Positivismo: quíerese ó no este es el sistema que ha recogido con toda legitimidad la triste herencia de los grandes errores religiosos y filosóficos de la

edad moderna, y quien los ha rehabilitado y como rejuvenecido, dando apariencias científicas á negaciones monstruosas y á hipótesis vetustas.

Que toda verdad realmente científica por el hecho mismo de serlo tiene un fondo y un fundamento metafísicos, nos parece afirmación de tanta evidencia que la vemos contenida en las mismas negaciones inventadas contra las verdades metafísicas; afirmación prácticamente comprobada por los mismos principios que hoy se disputan, en verdadera lucha por la existencia, el carácter y dirección de la Psicología.

Porque todo espíritu medianamente observador de las doctrinas y procedimientos merced á los cuales el Positivismo se ha constituido en la más audaz y sistemática negación de toda Metafísica, izando sus banderas sobre los argumentos y los motivos alegados con deplorable impenitencia en todas las edades por los defensores del Materialismo, puede advertir que lo que palpita bajo las negaciones positivistas es una violenta insurrección contra los tradicionales principios de la Verdad metafísica, para despojarlos de la soberanía legítima que sobre el pensamiento ejercen, y sustituirlos con los fáciles errores de una nueva metafísica, la Pseudo-Metafísica del Positivismo; cuyo espíritu y afirmaciones cardinales estudian, por lo que á sus respectivos problemas importa, la Ontología y la Cosmología.

Contra la verdad absoluta de los principios metafísicos de la esencia, de la substancia, de

la causa, de la inteligencia, de la finalidad y de la vida, con sus relaciones y diferencias generales y aplicadas, contra lo absoluto y necesario, la negación positivista afirma la materia eterna, única realidad cuya existencia reconoce, con movimiento esencial á la misma, determinado, comunicado y diferenciado mecánicamente en todos los seres cósmicos, desde el cristal á la célula, desde las formas, irregulares ó geométricas, del mineral hasta las palpitaciones de la conciencia humana; y todo con determinismo fatal, inconsciente, sin origen, sin idea y sin fin, como único y esencialmente idéntico fenómeno de la cantidad constante de fuerza que llena el mundo: contra el principio de lo absoluto, de lo necesario, de lo infinito un *relativismo* universal, *absolutamente* y con alardes de autoridad *absolutísima* proclamado: contra la Metafísica del Dios-Causa, la Metafísica de la Materia-Fuerza. Y es de justicia reconocerlo: el Positivismo, por la pluma y los labios de sus defensores más caracterizados, ha desenvuelto ya sus doctrinas con arrogante franqueza, aplicándolas con desenfado dialéctico á las ciencias filosóficas, naturales y políticas.

En nombre, por tanto, de la negación absoluta de toda Metafísica se ha instituido en cierto sentido otra Metafísica, nueva hasta cierto punto; y por lo que se disputa ahora es por cuál de las dos ha de informar el espíritu de las doctrinas y métodos científicos, cuál de las dos ha de presidir á la constitución de la Psicología. Tal es

el fondo del problema psicológico, testimonio de las necesarias influencias de la Metafísica en la Psicología, de que toda ciencia psicológica arguye una metafísica; argumento denunciado hasta por los mismos procedimientos doctrinales del sistema construido por la negación de la Ontología.

Siendo radicalmente contrarias á la Metafísica tradicional las ideas del Positivismo, su aplicación al estudio de la naturaleza humana había de producir las diferencias más absolutas en punto á la ciencia psicológica; y en efecto, frente por frente de la Psicología, ciencia del alma, ha aparecido «la Psicología sin alma», preconizada como el próximo ideal de la Psicología positivista.

Este hecho, que ha creado cierta especial literatura psicológica, demuestra nuevamente la presencia de una doctrina metafísica en los problemas capitales de todas las ciencias, sin excluir la Psicología.

Entendiendo, por consiguiente, nuestros juicios con su legítima significación, surge de suyo en toda mente la pregunta de cuál ha de ser la Metafísica, cuáles los principios de inspiración y de norma para la Psicología; cuál el criterio para la recta interpretación de los fenómenos psicológicos; si la Metafísica tradicional, la Filosofía Primera, que mantiene la verdad absoluta y valor trascendental de los principios ontológicos con el espiritualismo científico-cristiano, clásico por excelencia en todos los sentidos, con las más

sanas y racionales tradiciones de la Escolástica tomista, sabiamente restaurada con docta selección, y aplicada á todas las ciencias, con espíritu generoso, en nuestros días, ó la Metafísica de las negaciones é hipótesis positivistas, auxiliada por todas las direcciones literarias, que han sucumbido á las complejas y avasalladoras influencias del que se denomina «materialismo científico».

Si la Metafísica, que, respetando la naturaleza genérica y específica de los seres; aprendiendo la noción de las mismas en los *hechos reales*, medio adecuado de su manifestación y desenvolvimiento en la existencia y para la razón cognoscitiva; formulando sus conclusiones sobre bases tan positivas de inducción, á la luz de la experiencia psicológica en la región de los fenómenos de conciencia, á la luz de la experiencia fisiológica en la región de los fenómenos biológicos, á la luz de la experiencia física, servida por todos los procedimientos de observar y de experimentar maravillosamente adquiridos y practicados por el progreso de las ciencias, en la región de los fenómenos cósmicos, á la luz de la evidencia inmediata de las intuiciones del entendimiento y de la evidencia mediata de las deducciones de la razón, entendimiento y razón médula del pensamiento y de la ciencia, en la región de los principios y de las relaciones esenciales de los seres en todos sus órdenes, causas y efectos, substancias y accidentes, materia, fuerza, vida, hombre, Dios, infinito ó finito, realidad de subs-

tancia ó realidad de fenómeno, pero realidad y realidad cognoscible, sienta los fundamentos de la Psicología, la ciencia del objeto más difícil y misterioso, de naturaleza más compleja entre cuantos el hombre estudia, sobre verdades de tanta solidez con el concurso de principios y de métodos armonizados entre sí y con la naturaleza real del hombre: ó la Metafísica, que, mutilando bajo capciosos pretextos la naturaleza cognoscente y la naturaleza cognoscible, comienza por reducir la primera á la experimentación física y la segunda á los fenómenos materiales, única realidad admitida, por ser la única sensible, y acaba fatalmente por no aceptar para la formación de la Psicología otros hechos que los puramente fisiológicos y determinables, sin admitir diferencia alguna específica ni en cuanto á su principio-*causa*, ni en cuanto á su naturaleza real, para reducirlos todos á un caso más de la conversión y equivalencia del *movimiento* con que se expresa el ciego y fatal mecanismo de la Materia-fuerza.

Que oposición tan diametral en los fundamentos ha de reflejarse más vivamente todavía en sus aplicaciones, no hay que decirlo, siendo las consecuencias expresión práctica de los principios; que partiendo de los que son tan contrarios, las diferencias en cuanto al objeto, método y carácter científicos de la Psicología han de estar separadas por abismos, era inevitable, y lo exponremos oportunamente; y que la doctrina psi-

cológica del Positivismo entraña el conjunto de conclusiones de más grave trascendencia hasta hoy profesadas, lo pondrá de relieve la sola comparación de lo que la Filosofía positivista niega con lo que afirma en punto á las cuestiones psicológicas.

Nuevo problema. ¿Pero la Psicología será *ciencia* si es *metafísica*? ¿No hay una incompatibilidad absoluta entre las ideas por estos dos términos expresadas? ¿Tiene ni puede tener realidad y valor una Psicología metafísica?

¿No dejará de ser ciencia, no se hallará necesariamente excluída del orden de los conocimientos positivamente científicos, toda Psicología, que mantenga otra realidad que los fenómenos fisiológicos?

¿Puede ser objeto de demostración, ni figurar por consiguiente en el número de las verdades conocidas, lo que supere las condiciones de un determinismo fenoménico, de la experimentación física?

¿Es lícito contar entre las realidades cognoscibles (y sólo existe la que es cognoscible según la razón..... positivista) lo que no quepa en el porta-objetos del microscopio, ni en el platillo de la balanza; ó no aparezca en el fondo de la retorta, en las cenizas de una cápsula, en la escala de un termómetro, en los tubos de ensayo de las reacciones químicas, en una preparación histológica, misterioso campo de la vida, entre los re-

pliegues de la fina substancia cerebral, misterioso campo del pensamiento, ó tras la lente del telescopio, que acecha los mundos que giran en la inmensidad del espacio?

¿Puede existir una Psicología científica con doctrinas en las cuales se sientan las palpitaciones, la transcendencia, el influjo menor de los principios ontológicos que como verdades absolutas, necesarias y universales mantiene y aplica la Metafísica?

¿Es necesario, por el acatamiento debido á la Verdad y á sus progresos, abandonar la Psicología, *ciencia espiritual..... sobrenatural* (?), delicada, pero ténue, inútil y sin fuerza como red de telaraña, y acogerse á la Psicología, *ciencia natural*, ciencia del alma..... que no necesita del alma para la explicación de la naturaleza del hombre, á la *Psicología científica*, á la Zoopsicología y Psico-Física, á la Psicología Fisiológica, á la Fisiología del Espíritu, á este conjunto de doctrinas que con pomposos nombres ofrece el Positivismo como *Psicología científica* y única verdadera Psicología? (1)

(1) Que así se titulan muchas obras de la propaganda positivista, y que tal es el tecnicismo usado por sus defensores en la discusión de las doctrinas, son cosa notoria. Pero nuestro ánimo está muy lejos de pensar que *todos* los libros de tal título sean cómplices de Positivismo; no pocas investigaciones psico-fisiológicas son de profundo sentido espiritualista, y como luego declararemos, el estudio del elemento fisiológico en las funciones psíquicas, bien dirigido, tal vez siente los cimientos de una ciencia nueva.

Creemos haber formulado fielmente por medio de las anteriores preguntas, las líneas generales que han trazado en nuestros días las graves cuestiones del problema psicológico. Con aspecto nuevo el litigio, de índole *científica* los argumentos empleados para combatir la Psicología tradicional, usando en apariencia de método y observaciones experimentales, para la indagación de los hechos, pero interpretándolos viciosamente un espíritu de inducción sojuzgado por las tendencias positivistas, el fondo de la encarnizada lucha presente reproduce la eterna batalla del Materialismo contra los principios filosóficos y morales de la ciencia espiritualista y cristiana. Habiendo estudiado en LA PSICOLOGÍA CELULAR, el significado y valor de la nueva doctrina psicológica, ahora, respecto del problema presentado con las anteriores interrogaciones, nos limitaremos á consignar los principios necesarios para la constitución científica de la Psicología, y para el orden y plan didácticos de las ideas, según lo exigen el verdadero objeto y unidad de la misma ciencia.